

interesados en la literatura del período de los trovadores, tanto para los estudiosos como para el público no especializado.

Adriano Rueda

Universidad de North Carolina, Chapel Hill. EE.UU.

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro. *The Phantom Lady*. Ed. Donald Beecher. Trad. James Nelson Novoa. Ottawa: Dovehouse, 2002. 152 pp. (ISBN: 1-895537-68-1)

*La dama duende* es, sin duda, una de las más conseguidas comedias de capa y espada de Calderón. Estrenada en Madrid en 1629, fue la primera obra de don Pedro en llegar a los escenarios europeos. Sin embargo, las traducciones al inglés han sido escasas. Según Beecher, las primeras reelaboraciones de principios del XVIII se basaron en una traducción literal de una tal Mrs. Price. Hay que esperar a la primera década del XIX para que aparezca una nueva traducción, esta vez en prosa, atribuida a Lord Holland. Ya en el siglo XX, concretamente en 1961, se publica la traducción en verso de Edwin Honig (41-50). Por todo ello, hay que celebrar la publicación de esta nueva traducción en prosa a cargo de James Nelson Novoa, excelentemente editada y anotada por Donald Beecher.

El texto traducido por Novoa es el editado por Valbuena Briones en 1976, y no el más recientemente fijado por Fausta Antonucci (1999) que, explica Beecher, apareció una vez iniciada la traducción, y en el que encontraron escasas variantes que afectaran seriamente al trabajo del traductor. Sí se han servido, sin embargo, de algunos valiosos datos recogidos en sus exhaustivas anotaciones. Aunque reconocen los méritos de la edición de Antonucci, encuentran injustas sus objeciones a las notas textuales de Valbuena Briones, y las atribuyen a un deseo de justificar una nueva edición crítica (57-8). En primer lugar, me gustaría puntualizar que ninguna de las dos ediciones mencionadas son ediciones críticas. La misma Antonucci explica que, dado el gran número de contaminaciones textuales existentes, es imposible establecer un *stemma* que refleje las relaciones entre los textos del XVII, que son los que ella utiliza (LXVI). Por tanto, ha preferido ceñirse a la *princeps*, tal y como hizo Valbuena Briones en su día, utilizando las variantes de otros testimonios tan sólo cuando la lectura de la *princeps* es defectuosa (LXX). La novedad con respecto al trabajo de Valbuena Briones es que Antonucci utiliza tres ediciones que aquél no tuvo en cuenta: las de Valencia y Zaragoza de 1636, y la de Lisboa de 1647, derivada de la de Zaragoza. Las ediciones de Valencia y Zaragoza, según Antonucci, no fueron autorizadas por el autor, y presentan numerosas variantes con respecto a la *princeps*, fundamentalmente en la tercera jornada, que llega a tener una dinámica de los hechos diferentes. Al igual que hicieran Rey Hazas y Sevilla Arroyo en 1989 y Serrano en 1992, Antonucci incluye en un apéndice la tercera jornada tal y como aparece en las ediciones de Valencia y Zaragoza, con los versos numerados y anotados. Es verdad que es injusto descalificar las anotaciones de Valbuena Briones, pero hay que

reconocer el mayor rigor y exhaustividad del aparato crítico de Antonucci quien, además, en su introducción, expone un valiosísimo y pormenorizado estado de la cuestión de los estudios críticos sobre *La dama duende*. Esto no quiere decir que yo considere inadecuada la elección del texto de Valbuena Briones para llevar a cabo esta traducción. Al fin y al cabo, como señala la misma Antonucci, Valbuena Briones fue el primero en editar la *princeps* y no la *Primera parte* de Vera Tassis, teniendo en cuenta, también por primera vez, los manuscritos del XVII conservados en la Biblioteca Nacional de Madrid (LXVI). Y es cierto que el texto fijado por Antonucci no varía sustancialmente del editado por Valbuena.

Dadas las dificultades que presenta el traducir las formas métricas españolas al inglés sin que se produzca una alteración de la textura y el tono de los versos, Novoa opta por una traducción en prosa en la que consigue, con éxito, conservar muchas de las cualidades poéticas del texto original, o la espontaneidad e ironía del habla de Cosme, el gracioso de la comedia. Al quedarse solo por primera vez en el cuarto de Don Manuel, Cosme, hablando consigo mismo, elabora un largo discurso plagado de coloquialismos por medio de los cuales Calderón consigue plasmar muchos de los rasgos definitorios de la figura del gracioso: el amor al vino, la resistencia a obedecer las órdenes del amo, su tendencia a sisar en los viajes... Así, por ejemplo, en los versos 777 y 778, Cosme dice: "Salirme un rato es justo/ a rezar a una ermita". La traducción de Novoa, "I've a mind to seek out some crazy tabernacle where I can find a few drops of refreshment for my parched soul" (84), aunque bastante libre, consigue hacer comprensible para el lector de habla inglesa el eufemismo popular de la época para referirse a taberna, al mismo tiempo que conserva el gracejo característico del habla del criado.

Sólo en dos ocasiones Novoa no traduce en prosa, sino en verso. Es el caso del cantarillo en el que Cosme parodia el célebre cantar popular de *La niña de Gómez Arias* (vv. 1568-72) en la segunda jornada, y de los sonetos intercambiados por Don Juan y Beatriz también en la misma jornada (vv. 1889-1916). De esta manera puede mantener la sensación de ruptura que ambos fragmentos introducen en el texto español. Por último, hay que resaltar que queda incluida en un apéndice la traducción de aquella sección de la jornada tercera que, en las ediciones de Valencia y Zaragoza, difiere totalmente del texto de la *princeps*.

Como apuntábamos en un principio, esta muy lograda traducción del texto va acompañada de una extensa y completa introducción en la que Donald Beecher logra presentar al lector un minucioso panorama de aquellos aspectos de la obra más debatidos por la crítica, al tiempo que expone su propia y acertada lectura de la comedia, alejada siempre de toda interpretación anacrónica y carente de perspectiva histórica.

Comienza Beecher con unos breves apuntes sobre la vida de Calderón, para pasar a enmarcar *La dama duende* en un género que él califica como problemático, el de la comedia de capa y espada. Problematicidad que se deriva del debate crítico sobre la posible seriedad de este tipo de comedias, particularmente a partir de las pu-

blicaciones de Wardropper de mediados de los sesenta, en las que se defendía una continuidad entre las comedias y las tragedias. Frente a Wardropper y toda la crítica que se acerca al género partiendo de presupuestos afines, se encuentran aquellas interpretaciones que contemplan la comedia de capa y espada como una forma más de entretenimiento, destinada a divertir al público de los corrales. Beecher adopta una postura intermedia: si bien se niega a atribuir una exagerada seriedad a obras eminentemente cómicas, sí resalta la existencia de ciertos elementos perturbadores (los celos, el código del honor, la propensión a desenvainar la espada o el confinamiento de las mujeres) que no dejan de oscurecer la innegable comicidad del género. Por tanto, el sentido de estas comedias reside, fundamentalmente "in the eye of the beholder" (22).

Para Beecher, a pesar de que en ella están presentes los aspectos oscuros y problemáticos mencionados, *La dama duende* es, fundamentalmente, una obra festiva creada para celebrar una ocasión también festiva, el bautizo del príncipe Baltasar Carlos (23). En ella se desarrolla la historia de amor entre un hombre y una mujer de la alta sociedad que, para satisfacer sus deseos, deben vencer los más increíbles obstáculos, tales como el encierro de Ángela como viuda, la vigilancia de los hermanos, o la necesidad de respetar las normas impuestas por el código del honor. La intrincada trama nos conduce a una peripecia final, que resuelve en matrimonio la relación sentimental. Acierta Beecher al afirmar que es este final el que hace que los códigos de conducta que pudieran ofender la sensibilidad de un lector moderno, deban contemplarse también como recursos dramáticos destinados a crear suspense en una comedia de tema amoroso (28). Expone y rechaza las lecturas recientes de la obra, que ven en Ángela una víctima del patriarcado luchando por su libertad personal como mujer. Al fin y al cabo, ni ella ni Beatriz pretenden subvertir el sistema, simplemente intentan burlarlo, manteniendo la apariencia de respeto al orden establecido (39). Coincido plenamente con Beecher cuando comenta que hacer una lectura de un personaje de comedia, a partir de ideologías ajenas a la mentalidad social del siglo XVII es sacrificarlo al anacronismo (38). Se aleja también de las lecturas simbólicas y alegóricas de la comedia. Como Antonucci, piensa que muchas de ellas están basadas en una mala lectura del texto, al que imponen una seriedad atípica (45).

Completan la calidad de la edición una extensa bibliografía y las notas textuales agrupadas al final, indispensables para una mejor comprensión de la comedia. Por todo ello, felicitamos a los lectores de habla inglesa por la aparición de esta nueva y conseguida traducción de *La dama duende*, seriamente editada, que les permitirá disfrutar y entender en profundidad los entresijos de una de las mejores comedias de capa y espada del teatro áureo español.

Carmen Saen de Casas  
Centro Graduado, Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY)